

Intentaron asesinar la paz

Ya estaba cerrado este número. Editorializábamos aquí sobre la Navidad. San Ignacio, en sus Ejercicios Espirituales, contempla a Jesús, que "nace pobre... para morir en la cruz". La noticia, brutal, del asesinato de estos compañeros, amigos, hermanos, nos lleva a mirar, no la cruz desde el nacimiento, sino el nacimiento desde la cruz. Y repetimos: ¡Feliz Navidad! Preparamos para el próximo número un "dossier" más completo sobre El Salvador y su cruz. (N. de la R.)

La propuesta que se quiere matar

Ignacio Ellacuría, encarnó esta propuesta

En la madrugada del 16 de noviembre un grupo numeroso perteneciente a los "escuadrones de la muerte" (ligados a la ultraderecha y a sectores del ejército) penetraron en una de las dos residencias de los jesuitas de la Universidad Centroamericana "José Simeón Cañas" (UCA) y los asesinaron brutalmente.

Fue un asesinato, realizado con premeditación y alevosía, de una comunidad completa de jesuitas. Las víctimas son

P. Segundo Montes	Superior de la Comunidad y Director del Instituto de Derechos Humanos de la UCA,
P. Ignacio Ellacuría	Rector,
P. Ignacio Martín-Baró	Vicerrector,
P. Amando López	Profesor, ex-Rector de la UCA en Managua,
P. Juan Ramón Moreno	Profesor de Teología, Secretario del Superior Provincial,
P. Joaquín López y López	Director Nacional de Fe y Alegría.,
Sra. Elba Julia Ramos	Cocinera de la comunidad de jesuitas estudiantes de Teología, y
Srta. Celina Ramos	Hija de la Sra. Elba Julia, de 15 años.

Es un hecho monstruoso que pone al descubierto la lógica y la inspiración de los elementos más tenebrosos que agitan el conflicto salvadoreño. Porque masacrar a esta comunidad es atentar contra la paz. Es destruir los puentes tendidos a la negociación. Es dinamitar la vía pacífica. Es estrangular la voz de la razón y el avenimiento, para que las armas de la muerte sean las únicas que decidan. Para que el conflicto no salga de su dimensión militar. Porque si en algo ha estado comprometida la UCA es en la presentación concreta de propuestas viables en las que podrían haber todos los salvadoreños; pero en las que todos tendrían que ceder algo o mucho para que cupieran también los demás.

Tenaz, incansablemente la UCA, bien como corporación, bien mediante sus publicaciones periódicas, singularmente la revista ECA, a lo largo de todos los años del conflicto se ha esforzado siempre por reconocer, en primer lugar, a cada uno de los sectores en conflicto y, en segundo lugar, por llevarlos a que reconozcan ellos el estado del país y adónde lo conducen sus proyectos. A responsabilizarse de lo que ellos causan y que lleguen a asumir que llevan al país a la catástrofe y que por lo tanto deben modificar sustancialmente el contenido de sus proyectos y tienen que cambiar sus métodos y sentarse a negociar. Esta propuesta, pública y privada, insobornable y esperanzada, brotada de las entrañas de la fe en Dios y del compromiso con el pueblo salvadoreño, es la que se ha querido asesinar.

Esta propuesta latía en el corazón de cada uno de los asesinados, está más viva que nunca en sus compañeros jesuitas y en tantos profesores y alumnos que consagran sus capacidades y se juegan la vida por ella. Pero esta propuesta tiene un nombre propio que la representa, simboliza y encarna: es el Padre Ignacio Ellacuría. Hablar de él es hablar de sus compañeros y del conflicto de El Salvador y de la esperanza indomable de tantas personas que dieron su vida para que por fin triunfe la vida.

Ellacuría vivió con toda intensidad en múltiples niveles, cada uno de los cuales parecería exigir la persona entera; y los iba abarcando, imprimiendo a todos una misma inspiración. Ante todo luchó porque los jesuitas centroamericanos se situaran a la altura del tiempo para responder así al compromiso contraído con Dios; su contribución infatigable ayudó mucho para que como conjunto optaran por sus pueblos, por el establecimiento en ellos y desde ellos de la justicia como parte indispensable de su servicio a la fe. Particularmente estimuló el que la formación de los jesuitas aunara el rigor científico más exigente con el asumirse como parte de su generación centroamericana, de modo que los pobres de su tierra constituyeran para ellos no sólo un lugar físico sino epistemológico y teológico.

Como Rector de la UCA se empeñó en que la Universidad asumiera al país desde su propio nivel intelectual. Detestaba la retórica izquierdista y más si enmascaraba la pereza mental. El compromiso de la universidad tenía que consistir en análisis estructurales y coyunturales, globales y sectoriales, y en propuestas concretas, es decir

proyectos viables en las distintas áreas, así como en propiciar el encuentro de los diversos actores sociales. Como Universidad Católica la única perspectiva posible era la popular, pero desde ahí debía hacerse lugar para todos. El urgía a que la universidad no se plegara a la lógica del terror ni de la guerra y que mantuviera no sólo la regularidad de la docencia sino la investigación y una línea bien nutrida de publicaciones en libros y revistas.

El mismo, como intelectual orgánico, practicó la filosofía y la teología. Como filósofo su nombre está ligado al de Zubiri, pero no como epígono sino como dialogante privilegiado. Como teólogo sus aportes son sólidos y vigorosos. Es increíble cómo sacaba tiempo para escribir ponencias tan macizamente estructuradas y tan iluminadoras de la situación.

Pero su papel fundamental estuvo dedicado a lograr una comprensión cabal del proceso salvadoreño y proponer a los diversos actores en pugna la necesidad de reconocerse mutuamente para negociar. Ni era posible ni tenía sentido la pretensión de aniquilar al contrario. Todos existían y por lo tanto tenían que llegar a un modo de procesar las diferencias que presupusiera el reconocimiento de los demás. El primer punto sería reconocer que tal como estaban no había solución. Por lo tanto eran ineludibles cambios estructurales que, al satisfacer mínimamente la justicia y la participación, dieran estabilidad al conjunto. El segundo punto sería determinar los caminos para la alternativa: caminos predominantemente militares no podían dar lugar sino a una sociedad militarizada. Era pues imprescindible privilegiar lo político (el diálogo, la participación, la democracia real y antes la negociación) sobre el terror de la derecha y la guerrilla de la izquierda, o como él las llamaba, de la contrarrevolución y de la revolución.

Pero no bastaba con poner lo militar por debajo de lo político. Para él era imprescindible colocar lo social, las diversas organizaciones del pueblo, sobre lo político. Eran las organizaciones sociales las que tenían que controlar a los políticos y a los militares, los políticos no eran la conciencia que nunca tendrían las masas. La paz era para él demasiado sería como para dejarla exclusivamente en manos de militares y políticos. Y en este campo multiplicó su acción buscando propuestas concretas y sobre todo buscando convencer a cada bando en pugna y llamándolos a negociar.

Esta labor agotadora no le hizo perder la cotidianidad: era gran conversador, le encantaba estar con los amigos y era gran compañero, querido siempre y recordado. Una persona de fidelidad a toda prueba. Y la raíz de todo era su ser cristiano. Si supo estar a la altura del tiempo, si no se resignó a lo dado y puso la vida en mejorarlo de un modo concreto, si logró vivir en paz en la guerra, si fue un infatigable constructor de la paz, si logró constituirse en intelectual orgánico, si en todo ello mantuvo el temple, la paz y la esperanza era porque se fió de Dios y dedicó su vida a encontrar y hacer su voluntad por los caminos de Jesús.

Para nosotros recordar a estos amigos y compañeros, Segundo, Ignacio, Joaquín, Amando, Juan Ramón e Ignacio, es apostar por que es posible la paz. Por eso hablar de ellos es hablar del proyecto del pueblo, es conmemorar a tantos otros muertos como Elba Julia y Celina. Es creer que es posible el entendimiento.

Terminamos como acababa el amigo Eilacu uno de sus editoriales de ECA: "Si estas reflexiones sirven para terminar con los modos equivocados e injustos de violencia y ayudan a abandonarlos en beneficio de los procesos de negociación, habríamos contribuido a que el proceso salvadoreño siguiera avanzando esperanzadamente entre tantas dificultades y pesadumbres".

Recordarlos es apostar, desde la fe, por la paz

A nuestros suscritores

- * Una vez más, por razones que ustedes conocen, nos vemos forzados a subir los precios de SIC. La suscripción para Venezuela en 1990 costará Bs. 550, y el número suelto Bs. 55. Para las suscripciones del exterior, consúltese la primera página (433) de esta Revista.
- * Queremos pedirles que renueven la suscripción al principio de año; es una colaboración de ustedes que sabremos agradecer.
- * El próximo número será bimestral Enero-Febrero (recuerde que son diez números al año), y esperamos estar en el correo y en la librerías el día 29 de enero.
- * Les deseamos una feliz Navidad y un buen año 1990.